

## Niñez y Adolescencia

Enrique Shaw, hijo de Sara Tornquist y Alejandro Shaw, nació en París el 26 de febrero de 1921. Fue bautizado en la Iglesia de la Madeleine. Tenía un hermano dos años mayor, llamado Alejandro.

Su padre era en aquellos tiempos representante de la Casa Tornquist. Por razones laborales, residieron en Francia, pero poco después y siendo aún muy pequeño Enrique, vuelven a la Argentina a principios de 1923.

Su madre falleció en el año 1925. Enrique compensará la ausencia de su madre en la tierra con un filial amor a su Madre del Cielo. Sara dejó para sus hijos como regalo la promesa que obtuvo de su esposo Alejandro de brindarles buena educación religiosa.

Este encomendó la formación de sus niños al R. P. Goycochea de cuyas manos recibió Enrique la Primera Comunión en la Basílica del Santísimo Sacramento en 1928.

Fue alumno sobresaliente del Colegio "De La Salle".



*Sara Tornquist de Shaw y su hijo Enrique.*

Por su conducta y desempeño en el estudio siempre figuró en el primer puesto del Cuadro de Honor. Llegó a obtener la máxima calificación en todas las materias. Pero lo que más lo distinguía era su profunda fe religiosa: de comunión diaria, participaba como monaguillo durante las Misas y era miembro directivo de la Congregación Mariana.

Renunció temprano a los lazos del dinero y del confort que su situación familiar le prometía. Ingresó a la Escuela Naval a los 14 años, dispuesto a fortalecerse entre los rigores de la vida militar, donde dará un extraordinario testimonio de fe. En los mares del sur ejerce una comprometida labor apostólica. Fue uno de los mejores cadetes de su promoción y consiguió tener muy buenos amigos. Se recibió como Guardiamarina y figuró entre los mejores promedios de su promoción.

Fue así que ni la incompreensión de próximos y extraños, ni los rigores de la vida militar, ni las burlas, pudieran impedir que este muchachito de Misa y Comunión diaria se convirtiera en gallardo oficial de marina, que con tesón y valentía no exenta de audacia, se habría de ganar primero el respeto y luego la admiración de sus camaradas de armas.

Hasta su retiro, cumplió sus funciones en los Acorazados "Moreno" y "Rivadavia", en los Rastreadores "Parker" y "Bouchard", y en el Torpedero "Mendoza".

Los mares australes, la severidad del clima y nuestros precarios y fríos buques de la década del '40 fueron testigos de la capacidad y profesionalismo de Enrique. Pero no sólo rudos marineros recibían la mansa tarea catequística de este joven oficial, cuyo testimonio de vida confirmaba plenamente sus palabras de evangelización, sino que también lo hicieron jóvenes camaradas y altos oficiales que compartían la vida a bordo.



*Enrique abanderado en la Escuela Naval.*

Sus destinos fueron en su mayoría en el extremo Sur del país. Los diarios de navegación muestran, en detalle, su presencia en aquellos lugares remotos. Se lo veía a veces sentado en un cajón, dando catequesis en horas libres en alguno de los galpones.

Dios iba preparando lentamente a su apóstol y Enrique le correspondía con la generosidad y disposición de quienes lo aman de veras: "..... necesito rezar mucho para recibir la gracia de Dios, y poder, corrigiendo mis defectos, abandonar ciertas costumbres juveniles..., mi penitencia por sí sola sería estéril: deberá ir unida a los sufrimientos del Salvador..." (Anotación de Enrique en sus libretitas personales).

Enrique fue siempre muy buen lector y buscaba ansiosamente lo que diera respuesta a sus inquietudes. Inusitadamente, en el verano de 1939, en un folleto sobre Doctrina Social de la Iglesia, finalmente encontró lo que estaba buscando. Escribe en su diario: "El día en que cumplí 20 años le pedí a Dios produjera en mí los frutos que El desea; que me hiciera consciente de mis pecados y me convirtiera decidida y totalmente.

En resumen, mis ideas religiosas se han concretado en dos puntos: el primero, comprender en serio que soy un pecador; y el segundo, que debo ir decididamente hacia Dios" (Anotación de Enrique en sus libretitas personales). El siempre consideró a este momento, como su "conversión".

### Comienza su vida matrimonial



*Casamiento en la quinta "La Cecilia" en Muñiz, Prov. de Buenos Aires. Celebró el Padre Adolfo Tornquist, tío de Enrique.*

Entre las amigas con las que sale y visita en Buenos Aires, hay una que le llama especialmente la atención: Cecilia Bunge.

Se casa con Cecilia el 23 de octubre de 1943, llegarán nueve hijos y la vida familiar irradiará un clima de alegría activa y acogedora, que sabrán compartir generosamente.

No faltó una vocación religiosa, encarnada en su hijo Juan Miguel, Sacerdote de la Prelatura Opus Dei, quien desde 1979 se encuentra en Nairobi, Kenya.

En 1945, Enrique fue enviado por la Marina, junto a otros dos compañeros de promoción, a la Universidad Estatal de Chicago (EE.UU.) para estudiar meteorología. Sin embargo, precisamente en este momento, cuando ya su familia estaba constituida y creciendo, un cambio notable de rumbo habría de producirse, porque de la mano de una ascendente carrera profesional, Enrique advirtió que Dios le pedía de ahora en más un apostolado específico.

Este llamado lo llevó a pedir la baja de la Armada, cuando todo hacía prever un futuro brillante en esa institución. Cabe señalar que quienes en su momento se oponían a que ingresara en la Armada eran los mismos que ahora le reprochaban su intención de abandonar la carrera. Vanos fueron los intentos que un buen número de almirantes hicieron ante él y su padre para que reviera su decisión. Enrique lo tenía resuelto, y como en aquellos días de guardia en temporal, nada le haría cambiar el rumbo.

Como hemos de ver, sería en adelante Comandante de "Empresas" no sin superar previamente un arduo debate de discriminación interna puesto que cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial y el 15 de agosto de 1945 pidió la baja de la Marina, lo hizo inicialmente para dedicarse a la vida de obrero y a la formación de los mismos.

En efecto, la incansable búsqueda que Dios le proponía lo tentó a creer que estaba llamado a ser un obrero más, pero la intervención de un sacerdote amigo de Chicago, Mons. Hildenbrand, le hizo ver que como obrero no lo sería auténticamente y que mucho más aprovechable sería que se dedicara a la evangelización de la clase empresaria, con lo que su misión estaba allí donde Dios lo había puesto, en el mundo empresario.

Enrique se prepara intensamente para este gran cambio en sus próximos pasos. Luego de una enriquecedora experiencia técnica en los Estados Unidos, regresa a la Argentina. Ejerció funciones de alta responsabilidad en Cristalerías Rigolleau, donde llevó adelante la obra que Dios le encomendó. Fue su aspiración permanente la promoción humana, reconociendo que nada vale más en él que su dignidad de hijo de Dios. Consideraba a la eficiencia como el deber de estado del empresario, dado que era la garantía de continuidad de trabajo del obrero.

La actuación empresaria de Enrique se destaca no sólo por su influencia en Cristalerías Rigolleau, donde tiene su mayor responsabilidad, sino también en otras numerosas empresas que cuentan con su presencia en los respectivos directorios.

No pocas veces jugó su prestigio personal como empresario en función de decisiones

que asumió manteniendo coherencia con sus principios, arriesgando más de una vez su puesto y en más de un sentido su propio futuro, dentro del complejo juego de opiniones, voluntades e intereses presentes en las distintas coyunturas que atraviesan las grandes organizaciones.

Personas de los más distintos niveles descubren en este hombre no sólo aptitudes de conducción y liderazgo empresarial con una capacidad de trabajo de excepción, sino también dimensiones humanas extraordinarias, dotado de una capacidad de comunicación abierta y disponible aun en los momentos difíciles de tensión o conflicto a través de las más variadas situaciones. Esta apertura al prójimo transparentaba en forma concreta su vocación de cristiano, con una sencillez y humildad siempre atentas al "plan de Dios para su interlocutor" en los diversos contextos sociales en los que tuvo posibilidad de actuar.

Consideró la eficiencia como el deber de estado del empresario: "virtudes del empresario son: eficacia, energía e iniciativa..., el empresario ha de ser Cristo en la empresa." Decía: "Hay que cristianizar a la clase patronal argentina. Es indispensable mejorar la convivencia social dentro de la empresa. Importa mucho que el dirigente de empresa sea accesible. Hay que humanizar la fábrica. Para juzgar a un obrero hay que amarlo." (Anotación de Enrique en sus libretitas personales).

Trabajó intensamente en todo lo que condujo finalmente a la incorporación del salario familiar en el campo laboral argentino.

### Algunos detalles sobre su vida de piedad

La dedicación y el compromiso con la Empresa nunca constituían un obstáculo para sus prácticas religiosas. Iba diariamente a Misa y aparte de sus lecturas, hacía su meditación diaria regularmente.

Tenía un firme convencimiento: "He de creer, verdaderamente, que los cristianos somos luz del mundo. Debo tener un concepto claro, de lo que es ser apóstol, partiendo de la base de que pertenezco al Cuerpo Místico de Cristo, y que los católicos, no sólo son la luz del mundo, sino también el fermento que levanta la masa incrédula. No es que debamos llevar ese fermento, sino que nosotros constituimos ese fermento." (J. M. Vélez Funes, "Revista Calicanto" , Córdoba., 1984).



*Enrique en la fábrica de Rigolleau*

En otro párrafo de su Diario, dice: "Necesito rezar mucho para recibir la Gracia de Dios y poder ir corrigiendo mis defectos(...). Mi penitencia por sí sola sería estéril: deberá ir unida a los sufrimientos del Salvador. Esos sufrimientos serán suave yugo si recurro a

la Virgen María que, como Madre de Jesús y Madre mía, me inspira alegre confianza.”  
(Anotación de Enrique en sus libretitas personales).

### Actividades Apostólicas



*Primeros miembros de ACDE*

Recién llegado a la Argentina, al regresar de los EE.UU., se incorporó a la Acción Católica Argentina, actuando en la Parroquia del Pilar y luego en el Secretariado Económico Social.

En la Acción Católica Argentina trabajó el resto de su vida. Fue miembro de la Junta Central como representante de la asociación de los hombres, (1954-1956) y en 1961 fue nombrado Presidente de los hombres de la Acción Católica Argentina.

En el año 1946-1947 fue encargado por el Episcopado (como respuesta al llamado de Pío XII), para participar en la organización de la ayuda a la Europa de posguerra. Juntamente con otros empresarios integró la Subcomisión de Industriales y Comerciantes.

Concluida la misión específica de esa convocatoria, intenta reunirse varias veces con algunos de los participantes de la subcomisión, para seguir trabajando juntos y de algún modo tratar “de ser empresarios más cristianos” inspirándose en la Doctrina Social de la Iglesia, según lo expresara el propio Enrique.

Después de varios fracasos, años más tarde, gracias al decidido estímulo recibido en 1951 durante la visita del Canónigo Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Católica, logra finalmente con otros colegas afirmar la idea y finalmente en 1952 se funda la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, que muy pronto es integrada al movimiento Internacional de UNIAPAC.

Enrique fue el primer Presidente de ACDE, constituyéndose desde el principio, en un entusiasta propulsor del movimiento no sólo en el país, sino también en Latinoamérica, promoviendo reuniones y encuentros.

Su condición de gestor y animador del movimiento empresarial de inspiración cristiana en la Argentina lo lleva a publicar varios trabajos que revelan cuánta reflexión interior había dedicado Enrique a su condición de cristiano empresario. Escribe: “Más que nunca en los tiempos actuales, y a pesar de las dificultades, tienen el deber los Dirigentes de Empresa, como intelectuales y dirigentes, de aportar un mensaje y la luz de la fe al desarrollo de los espíritus, de esforzarse por secundar, a la luz de los principios sociales cristianos, la búsqueda de las soluciones adaptadas a las realidades siempre mudables.” (E. Shaw, “La Misión de los Dirigentes de Empresa” Bs. As., 1960. Pág. 29). Agrega: “debemos crear trabajo... y cuanto más eficiente sea nuestra labor, más recursos tendrá

la Providencia para repartir entre pobres y necesitados." (E. Shaw, "La Misión de los Dirigentes de Empresa" Bs. As., 1960. Pág. 16).

Otro de sus trabajos escritos, "Eucaristía y Vida Empresaria" es un profundo, lúcido y vibrante testimonio que articula esa fuente de vida que es la Eucaristía con el accionar concreto y la reflexión trascendente sobre lo cotidiano en la vocación empresaria. Ambos trabajos, que no constituyen sus únicas obras publicadas, son no sólo una elaboración intelectual y conceptual valiosa, sino la transparencia de un compromiso que humilde y vigorosamente se abre paso más allá de las palabras para mostrar una vocación empresaria regida en su desempeño por amor a Dios y a los hombres.

Actúa además en el Movimiento Familiar Cristiano y en el A.L.T., Apostolado del Lugar de Trabajo, del que será activo participante. Organiza una librería a la que llama "Casa del Libro". Fue una iniciativa apostólica para difundir temas de espiritualidad, de la Doctrina Social de la Iglesia, y otras cuestiones éticas y culturales, facilitando el acceso a toda buena lectura.

Integra como Tesorero el primer Consejo de Administración de la Pontificia Universidad Católica Argentina (U.C.A.). Prestó su apoyo material y espiritual, consagrándole todo su cariño desde el primer momento (palabras de Mons. Octavio N. Derisi).

Participa en la fundación de Caritas y del Serra Club.

Participa en congresos, dicta conferencias, edita publicaciones. Existen además manuscritos aún inéditos. Dotado Enrique de una capacidad notable para el diálogo en la conversación informal, era además un cuidadoso registrador de pensamientos y reflexiones.

### Enfermedad y muerte

En 1957 se le descubre un cáncer. Acepta con cristiana serenidad esta dura prueba, e inicia una tenaz lucha contra la enfermedad. Pero no cambia su ritmo normal y sigue rabajando. Su salud empeora en 1962, sin declinar hasta el final su labor de dirigente. Debe someterse a grandes intervenciones quirúrgicas. Su enfermedad se agrava.

Enfrentó dolorosos padecimientos, donde pone de manifiesto, no solo su entereza y coraje, sino sobre todo, la profundidad conmovedora de su condición de cristiano. En algunas de las operaciones que se le practicaron, recibió transfusiones. Asombraba a los médicos la cantidad de donantes que se agolpaban para dar sangre, eran en su mayoría trabajadores de Rigolleau.

Luego de una de las últimas intervenciones quirúrgicas a las que se somete y que le permite una breve convalecencia, vuelve a la Planta de Berazategui. En una reunión celebrada a principios de julio de 1962 expone la situación de la empresa, así como los planes y tendencias de futuro para las actividades de la industria. Luego, hace una digresión que inicia comentando cuál podría ser la actitud espontánea de alguien que recibiera como regalo una lapicera con motivo de una celebración. La respuesta obvia sería, por supuesto, dar gracias personalmente o por medio de una tarjeta escrita con la misma lapicera. Y añade -casi textualmente- "Pues bien, yo he recibido vuestra sangre. Como una lapicera me compromete, ¿de qué modo puedo yo agradecer la sangre que

he recibido de Uds., que tiene no sólo un valor químico, físico, biológico, sino también vital, por ser símbolo de la vida misma?" De esta manera interpretó que había recibido auténtica sangre obrera, que expresaba la comunión que había intentado lograr en el ambiente de trabajo, en sus venas había corrido "auténtica" sangre de obrero.

Hace un breve viaje a Lourdes y allí ofrece sus oraciones por familiares y amigos.

Frente a la realidad de la muerte, escribe: "El Cielo es también un lugar de actividad, de plenitud, de unidad, de intercambio, o sea, de caridad. Para la mayoría de los hombres que temen la muerte, Dios es una abstracción. Para mí constituyó y constituye una realidad más intensa que todas las realidades terrestres y que me dice: ¡Ven! Y yo le contesto: Habla, Señor, tu siervo te escucha. A lo cual me manifiesta: Te he llamado porque eres mío. Y entonces todo desaparece y sólo quedamos Dios y yo. Las luces fuertes enciegan de tal modo que resulta difícil explicarlas, pero la explicación esencial es que Dios me llama y que la vida cristiana es la Eternidad comenzada en nuestra alma sobre la tierra para llegar en el Cielo a la unidad completa con Dios." (Anotación de Enrique en sus libretitas personales).

Fallece el 27 de agosto de 1962, día del aniversario de la muerte de su madre, quien 37 años antes le encomendara a su marido la educación de sus dos hijos, y que desde el Cielo tanto habría rogado por él. Está sepultado en el Cementerio de la Recoleta. Durante su sepelio, Mons. Dr. Octavio N. Derisi, pronunció las siguientes palabras: "Fue realmente un alma de excepción, lo que decimos en lenguaje cristiano, un alma de Dios; y como tal vivió intensamente su vida de fe. En todas partes se prodigó a sí mismo; fue el signo de su vida la donación de sí a los demás. Parecía olvidado de sí mismo para darse de lleno a los que lo rodeaban. Vivió para los suyos, para su hogar, para sus empresas, pero no en el sentido material sino para brindarse incluso a sus propios obreros, que lo querían no ya como a su patrón sino como a un amigo. Enrique Shaw puso todo su amor en las obras que emprendió, nunca supo decir que no para el bien, siempre encontró tiempo en su vida tan llena de trabajos, para prodigarse y darse a los otros sin medida. .... Pocas veces un hombre será recordado con tanto afecto, un hombre de tanta limpieza en su conducta, un hombre que fue un testigo de Cristo y un testimonio de vida cristiana."